

EL dedo del Nobel oscila todos los años sobre el mapa universal de la literatura para apoyarse en un punto. Es la más fácil elección que exista en el mundo: siempre hay disponible un centenar de nombres de primera fila que aseguran una distinción exitosa. El problema radica en la dosificación entre las diversas áreas lingüísticas y/o culturales, las diversas tendencias estéticas, el consabido juego de las influencias. Si es cómodo reprochar a la Academia sueca sus distracciones o su falta de perspectiva sobre los futuros valores (la lista que encabezan Proust, Joyce, Kafka), no es menos obligado reconocer su tesonero esfuerzo por cubrir la universalidad, descubriendo un escritor australiano, un japonés, un latinoamericano, para el "cogollo" occidental absorbido por su propia y rica producción. La Academia sueca no hace la literatura: simplemente llama la atención sobre algunos nombres y su mismo sistema de elegir un escritor cada año la condena, irremisiblemente, a quedar en retraso y a caer en olvidos, vista la pluralidad y prodigalidad de la creación literaria universal en nuestra época.

Esta aspiración universalista de representatividad cultural, queda tipificada en la elección de Isaac Bashevis Singer, con la cual la Academia reanuda sus vínculos con un género de narrativa realista que honró en décadas pasadas en la obra de Knut Hamsun, Harold Laxness, Ladislao Reymont, y modernamente con los nombres de Sholovoy o de Ivo Andric. Como si le recordara a quienes candorosamente piensan que el vanguardismo absorbió toda la literatura universal, que ésta es más compleja, se mueve a través de más diversificadas vías, dispone de estratos específicos y aún de tiempos históricos diversos superpuestos en una anacrónica contemporaneidad. Porque así es el mundo y así es la literatura, cuando se emprende un corte horizontal de sus tendencias actuales. Y a la argumentación de que Singer corresponde a un tiempo literario ya pasado que él prolonga con inigual brillo, se podrá oponer un razonamiento "sub specie aeternitatis" según el cual la obra de arte se mide por la excelencia que alcanza dentro de un determinado estilo epocal y no por éste, agregando que las culturas humanas viven dentro de tiempos y singularidades propias que no pueden ordenarse mecánicamente sobre una única línea progresiva que homologaría a toda la humanidad, fijando automáticamente que unos marchan adelante y otros atrás, unos son mejores y otros peores. Hace tiempo que la antropología cultural ha quebrado esta fe del europeísmo decimonónico.

La obra de Isaac Bashevis Singer se coloca junto a la de los Nóbeles mencionados y también, por su tema, cerca de la de Sholem Aleijem y por su concepción de la literatura, cerca del orbe admirable de Antón Chejov. El es uno de los que ha concedido nuevo impulso a ese realismo cuya defunción han decretado algunos con evidente apresuramiento, aunque se trata aquí de un realismo remozado, movido por una concepción del mundo bien contemporánea y por una envidiable precisión expresiva.

Hace una década que prácticamente todos sus libros se han incorporados al español, aunque retraducidos de la versión inglesa de los originales escritos en yiddish y publicados tesoneramente por la *Jewish Daily Forward* en Estados Unidos, su hogar intelectual desde que en 1935 emigró de su Polonia natal a los Estados Unidos. Pero esos libros, editados incluso en amplias tiradas por colecciones populares, vivieron en las manos de ese "lector común" para el cual Singer escribió su obra y, preferentemente, en el seno de las comunidades judías de la diáspora, más atentas a la evocación de sus orígenes centroeuropeos que a las calidades literarias en que ella se traducía. Aunque fuertemente embebido de la cultura polaca de antes de la segunda guerra mundial y aún de esa original cultura nórdica y eslava cuya dimensión enérgica, individualista y coloreada ofreció en los años veinte Knut Hamsun, ha sido la obsesiva temática judía de Singer, contando únicamente la vida de las comunidades y ghettos judíos de Polonia, la que le eligió a sus lectores. Ilustra por lo tanto ese modelo reconfortante: siendo fiel a su comunidad, a sus sabores y cosmovisiones peculiares, ahondando terciamente en un misterio que tuvo visos trá-



gicos, alcanzó una imprevista universalidad. Pero no la habría obtenido si no fuera asimismo un muy perspicaz escudriñador de las letras de su área cultural y un escritor de un rigor sin concesiones.

Más que en su novela *Satán en Goray* (1935), atenta al pintoresquismo variopinto del ghetto, es en la serie de novelas escritas en Estados Unidos, desde una perspectiva más objetiva y severa, que se manifiesta lo mejor de su talento: *La familia Moskat* (1950), *El mago de Lublin* (1960), como un divertimento *El esclavo* (1962) pero sobre todo *La casa de Jampol* (1967) y *Los herederos* (1969), conforman la "saga de un pueblo" a través de un siglo entero, escrita en torno a sucesivos núcleos familiares donde se maneja un modelo narrativo que fue descubierto por los grandes del XIX, de Tolstoi a Zola. No hay duda de que ese modelo es viejo, aunque permitió que con él alcanzaran gloria escritores contemporáneos como Thomas Mann, Roger Martin du Gard y William Faulkner y que aún nos diera un *Cien años de soledad* un reflorecimiento latinoamericano. Pero ese modelo a pocas sociedades se aplicaba con tanta exactitud como a los tradicionales judíos polacos que hicieron de la familia el núcleo operativo de la vida, enmarcándolo en rígidos preceptos religiosos. Tanto *La familia Moskat* como *La casa de Jampol* trabajan asiduamente sobre las posibilidades narrativas que ofrece una vasta familia, permitiendo la ramificación de historias y personajes dentro de sutiles vínculos afectivos, situación que se duplica y triplica cuando la investigación se extiende a varias generaciones. En este campo Singer no es sólo de una invención interesante y siempre sorpresiva, sino que es la prodigalidad. Puede descontarse lo que ha recogido a brazadas de la realidad en un medio fuertemente expresivo, pero en la literatura lo que cuenta es la invención estrictamente literaria, y la galería de personajes, situaciones y escenarios de Singer en esas novelas hubiera proporcionado, a escritores más parsimoniosos y modernos, una biblioteca completa.

Competir con el registro civil, esa divisa balzaciana y de toda la narrativa realista posterior, alcanza en Singer un momento esplendoroso: la variedad de los personajes,

las complicadas relaciones; en que actúan y expresan sus pasiones, se entregan a las necesidades de la vida. En esas páginas, puede verse cómo se vive, cómo se toma de sorpresa la vida, aún que en ella.

Pero la eficacia de su obra no se cansaría su mejor secreto de Singer: cuando "cuando come, cuando camina" quiere decir que tiene en los momentos de la vida, mucho que decir, están servilmente a la espera para descubrir la vida, la precisión para hacerla suya, sólo puede compararse a la de un inventor, rigor, precisión, condiciones de existencia que se suceden sin pausas, que dan sentido de la vida, constante manejo de la vida, acrecentando con sus referencias vitales, alertas, llenos de vida, intuición instintiva, franqueza, la vivacidad que re-

Cada escritor tiene su mundo, de sus muchas cosas que se encuentran en *El Spinoza de Kafka* se encuentran. Demasiado largas, demasiada sucesión de acontecimientos, demasiada precisión, y, por lo tanto, demasiadas rigurosas de la

o de Isaac Bashevis Singer



alidad. Pero no la
un muy perspicaz
cultural y un escri-

ray (1935), atenta al
es en la serie de
desde una perspecti-
nifiesta lo mejor de
El mago de Lublin
ro (1962) pero sobre
os herederos (1969),
a través de un siglo
s núcleos familiares
que fue descubierto
a Zola. No hay duda
permitió que con él
poráneos como Tho-
William Faulkner y
soledad un refloreci-
odelo a pocas socie-
l como a los tradicio-
la familia el núcleo
en rígidos preceptos
t como *La casa de*
las posibilidades na-
a, permitiendo la ra-
es dentro de sutiles
e duplica y triplica
a varias generacio-
de una invención in-
ne es la prodigalidad.
o a brazadas de la re-
esivo, pero en la lite-
estrictamente litera-
aciones y escenarios
oporcionado, a escri-
una biblioteca com-

a divisa balzaciana y
or, alcanza en Singer
ad de los personajes,

las complicadas situaciones (todas humanas y verosímiles) en que actúan y los fascinantes sitios en que transcurren sus pasiones, codicias, sufrimientos y goces, vuelven a otorgar a las novelas la función de sustituir vicariamente a la vida. En cualquiera de esos libros, de quinientas páginas, puede vivirse largo tiempo, conviviendo, estrictamente, con una pululante sociedad que sin cesar nos toma de sorpresa como en la existencia misma, mejor aún que en ella.

Pero la eficacia artística de este chorro inventivo no alcanzaría su mejor nivel si no fuera por algunas virtudes secretas de Singer. Una es la superior vivacidad de su escritura: cuando Henry Miller para alabarlo dice que "cuando come, come, cuando canta, canta, cuando camina, camina" quiere anotar la fuerza comunicativa que tiene en los menores detalles. Su talento está en los particulares, mucho más que en las estructuras mayores que están servilmente copiadas de los maestros, con una frescura para descubrir el rasgo nuevo o el rasgo que se inserta de manera novedosa en el decurso narrativo y una precisión para hacerlo vibrar dentro del contexto, que sólo puede compararse con el inimitable arte de Chejov. Invención, rigor, ritmo, presteza y significación, son las condiciones de estos detalles que saltan vigorosamente, se suceden sin pausa, definen comportamientos e iluminan el sentido de la obra. A esa capacidad corresponde su constante manejo de los olores para definir un lugar, acrecentando con el respaldo olfativo la suntuosidad de sus referencias visuales. Todos los sentidos están aquí alertas, llenos de apetencia, movilizados por una irrupción instintiva franca y hasta primaria, dando la clave de la vivacidad que respira su escritura.

Cada escritor tiene su "tempo" y el de Singer, a pesar de sus muchas colecciones de relatos (los mejores se encuentran en *El Spinoza de Market Street* y en *Un amigo de Kafka*) se encuentra en el moroso de la novela larga. Demasiado largas, sin duda, demasiado apoyadas en la sucesión de acontecimientos que podrían extenderse aún más, demasiado proclives justamente al detalle novedoso y, por lo tanto, demasiado esquivas a esas macroestructuras rigurosas de la novela vanguardista que han traslada-

do a ese nivel las posibilidades de la significación superior del pensamiento. En ese ferrocarril que pasa por tantos lugares y personas, ¿adónde va Singer? ¿qué quiere decir? ¿qué busca demostrar? Su asunto mayor, explícitamente señalado, es el de todos los escritores del XX: la incorporación de la sociedad humana a la modernidad y, por lo tanto, la desintegración de los viejos modos de vida, sentimientos e ideas. Para el caso de las comunidades judías, aferradas a un tradicionalismo ya inoperante pero que se les ofrece como el único resguardo seguro de su identidad en medio de un universo hostil, una verdadera catástrofe. El problema central, tanto en *La familia Moskat*, como en *La casa de Jampol* o en *El mago de Lublin* es la irrupción de esas nuevas fuerzas deletéreas y aterradas para los viejos patrones: las hijas ya no quieren ser casadas por los padres, los hijos se vuelven agnósticos y rinden culto a la ciencia; los mismos padres sufren la concupiscencia de la riqueza y el poder. Todo el eficio se tambalea y es esa imagen, antes de que se derrumbe, cuando se le ve resquebrajarse erizando la vitalidad desesperada de todos, la que hipnotiza a Singer. *La casa de Jampol* cuenta, desde la fracasada rebelión de 1863 hasta 1900, la incorporación de los judíos a la renaciente vida moderna polaca que sutilmente carcome sus basamentos espirituales, *La familia Moskat* sigue a la familia de Reb Meshulam a lo largo del siglo XX hasta la inminente entrada del ejército nazi en Varsovia y se cierra con la frase desconcertante del intelectual confuso Hertz Yanovar: "El Mesías vendrá pronto. La muerte es el Mesías. Esa es la pura verdad".

No, Isaac Bashevis Singer, como buen discípulo de Chejov, no resuelve el problema pues considera como su maestro que la función del escritor es plantearlo cabalmente en sus verdaderos términos. En sus novelas se recogen todas las fuerzas encontradas y cada una defiende su concepción: es un debate interno al ghetto judío, mostrado con una objetividad que es la otra gran virtud narrativa del autor. Asombra su constante solidaridad con todos los personajes, su neutralidad aún en los casos en que la opción es categórica, como cuando el librepensador Ezriel discute con su religioso cuñado Mayer Joel tratando de convencerlo de que Egipto está en Africa y no en Asia como sostiene su oponente apoyándose en testimonios bíblicos. La autonomía de tantísimos personajes, la coherencia que obstentan entre su sentir y la vivacidad con que desempeñan sus papeles, va acompañada del esmerado respeto por ellos del autor. Este jamás los juzga, jamás toma partido, jamás se inclina por una de las partes: mira a cada uno y trata de comprenderlos dentro de sus peculiares tendencias, en lo que puede ser el error y lo que puede ser el acierto. A esto responde la sensación de verdad y de vida que se desprende de sus novelas y la eventualidad de que dispares lectores se reencuentren representados en el encrespado universo que ellas componen.

Si es pesimista, en última instancia, como el propio Singer ha reconocido, es a la manera de Proust: porque percibe el proceso de cambio y desintegración de los seres humanos y porque es dueño de una inmensa ternura hacia esas criaturas agitadas, tan ansiosas de vivir, a las que el destino tiende múltiples trampas. El destino o más bien el autor que ejerce la discreta función de Némesis. El envés de tanta vitalidad, el envés que permite que todo adquiera relieve y color y fuerza, es una percepción que recuerda las meditaciones del *Eclesiastés* y alude al acabamiento, a la nada, a la eternidad gris, sin luz ni color. Pero como ya nos dijo William Blake, la eternidad está enamorada de las obras del tiempo. Y así Isaac Bashevis Singer. •

ANGEL RAMA.

(1) Las editoriales españolas han publicado las obras de Singer. En Planeta han aparecido *La familia Moskat* y *Un amigo de Kafka*; en Noguer. *La casa de Jampol* y *Los Herederos*; en Plaza y Janes: *Satán en Goray*. *El mago de Lublin*. *El esclavo*, *Enemigos*, una historia de amor, *Gimpel el tonto* y *El Spinoza de la calle Market*. Por su parte Alfaguara ha dado a conocer una pequeña colección de cuentos infantiles: *Cuando Schlemiel fue a Varsovia*.